



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA EN EL V DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO C 9/II/2025

Muy apreciados hermanos,

Desde hace algunos años, el Papa Francisco ha llamado a los cristianos discípulos misioneros, un término que se acuñó en la Conferencia del Episcopado Latinoamericana, celebrada en Aparecida, Brasil. En efecto, somos discípulos, porque hemos recibido un llamado y seguimos a Jesús, escuchamos sus enseñanzas y tratamos de parecernos a él. Somos misioneros, porque somos enviados a cumplir una misión en el mundo: con nuestro ejemplo y nuestra palabra, anunciar que Jesús está vivo, tiene poder y vive entre nosotros.

Lamentablemente, cuando se habla del tema de la vocación, muchos lo circunscriben, solamente, a la vida consagrada, por los votos, o al ministerio ordenado. El tema de la Vocación, de la llamada, es más amplio: ¡Dios llama a todos!

La Palabra que ha sido proclamada pone a nuestra consideración el tema de la Vocación:

- En la primera lectura, hemos escuchado el relato de la vocación del profeta Isaías. Ante la pregunta de Dios: ¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?, Isaías respondió: Aquí estoy, mándame.
- En la segunda lectura, San Pablo se presenta como “soy el menor de los Apóstoles, y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy y su gracia no se ha frustrado en mí”.
- El Evangelio, nos relata la vocación de Simón, Juan y Santiago, después del milagro de la pesca milagrosa.

Estando en el Seminario, durante el primer año de filosofía, se nos invitaba a reflexionar sobre la propia vocación, y estudiábamos los diferentes llamados que encontramos en la Historia de la salvación. A mí me surgían varias preguntas: Si Jesús, es el hijo de Dios, por tanto, es todopoderoso ¿para qué necesita colaboradores? Si Jesús, tiene poder de transformar y cambiar a cualquiera ¿para qué necesita hombres rudos, humildes y pecadores? Si Jesús, con su muerte y resurrección, lo redime todo, salva a todos, ¿para qué nos necesita a nosotros? Y llegaba a la conclusión que así lo quiso Jesús, fue voluntad suya. Después de una noche de oración: *“Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar”* (Mc 3,13-14).

Cuando el Señor llama, podemos sentirnos indignos del llamado y podemos responder como Isaías: *“¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros!”* (Is 6, 5-6) O como San Pedro: *“Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”* (Lc 5,8). Sin embargo, el Señor, a pesar de nuestra indignidad y miserias, nos llama, nos renueva interiormente, nos capacita y nos envía. ¡Jesús confía en nosotros!

¿Y para qué nos llama Jesús? Para ser pescadores de hombres, para predicar el evangelio. ¿Cómo podemos corresponder al llamado del Señor? ¿Qué debemos hacer para predicar el evangelio?

Lo responderé teniendo en cuenta las palabras que le dijo Jesús a Pedro.

En primer lugar, le pidió que **se apartara un poco de tierra, apartarse un poco de la gente**. Esto significa que debemos, en algunos momentos de la jornada, separarnos de la gente y dejar nuestro trabajo, para tener momentos de intimidad con el Señor, para hablar con él, y escucharlo. Decía un autor espiritual: *“Como solo Dios tiene absoluto derecho a ser escuchado a cualquier hora, habla siempre bajo y cómo él prefiere. El menor ruido ahoga su voz”*. Y el gran filósofo Pascal: *“toda la desdicha del hombre procede solo de una sola cosa: la de no saber morar en soledad y quietud en una habitación”*.

En segundo lugar, le dice: **“rema mar adentro”**, “anda más allá”, “no te quedes en el mismo lugar”. Con frecuencia, en nuestra vida espiritual y profesional, tendemos a remar hacia tierra y a echar anclas y asegurarla bien. Tenemos una cierta inclinación a estancarnos, estabilizarnos. Sin embargo, el Señor siempre nos plantea retos para que demos lo mejor de nosotros mismos. Recordemos que nuestra meta es decir como San Pablo *“ya no vivo yo, sino es Cristo, que vive en mí”* (Gál 2,20) y esto requiere ascesis, lucha y sacrificio.

En tercer lugar, le indicó: **echen las redes**. Lo nuestro es echar las redes una y mil veces. El que los peces caigan depende de que ellos mismos no huyan y de la gracia de Dios. Hemos sido enviados a sembrar y no a cosechar. Por este motivo, nunca debemos desalentarnos ante la falta de respuesta de muchos. Nosotros somos como un controlador de un faro. Un faro da señales toda la noche, pero hay capitanes de los barcos que no quieren hacer caso y creen que saben más que el faro. El controlador del faro no es culpable de que los marineros no le hagan caso. Ya los marineros tendrán que rendir cuenta si sucede un accidente.

Y **¿qué debemos hacer nosotros?** San Pedro, nos da la respuesta: *“por tu palabra, confiando en ti, echaré las redes”* (Lc 5,5). Esa debe ser nuestra actitud. A pesar de que todo esté en nuestra, debemos confiar en el Señor y hagamos todo en su nombre.

Lancemos las redes, no en nombre nuestro que somos poca cosa, sino en nombre de Jesús. Él hará fructuosas nuestras labores. La Pesca de Pedro sin Jesús fue cero. Hecha en nombre de Jesús ya era tanta que le rompía las redes. Cuando lleguen las

horas de tentación, de abandonarlo todo por el desaliento digamos como Pedro: empezaré de cero, pero en tu nombre. Tengamos en cuenta lo que dijo Jesús: “*sin mí, nada pueden hacer*” (Jn 15,5) y San Pablo: “*todo lo puedo en Cristo*” (Fli 4,13). Esa fue la experiencia de Santa Teresa de Jesús que llegó a exclamar: “*Mis cualidades, más mis trabajos, más los dineros que pueda conseguir: igual a cero. Pero ¿Teresa la miserable, más el poder de Dios?: todo lo puede. “Ahí si nadie nos logra atajar!”*”

Demos gracias a Dios porque nos ha llamado y pidámosle que nos ayude a cumplir nuestra misión. Así sea.

+ *Ángel Francisco Caraballo*
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín.**
Obispo de Cabimas



Prot. 2025/030